

TEXTOS FILOSOFICOS



DOSSIER MARTIN HEIDEGGER

3^{ra} época - 127^{ma} parte

1997 - 2016

Compilador: Rogelio Fernández Couto

El sentido de un retorno a Freud

SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE

POR JOSÉ GRANDINETTI

El furor diagnóstico

Esto es: el diagnóstico ante todo! (*avant-coup*). En este punto me parece que pesa atendiblemente lo que Lacan denominó en el Seminario de *La Ética* como primer ideal y que nombró como "amor médico". Amor del que deriva, se lo sepa o no, "el amor a lo médico", un interés diagnóstico preocupado por los encasillamientos adornados de signos semiológicos que parten de un principio causalista que solamente aprecia a una dura nosografía. Una semiología cuyo diagnóstico etiológico y diferencial se fundamenta en un tiempo cronológico dispuesto en el plano de la necesidad. Concepción ésta del tiempo que sospecho le permite a algunos analistas considerar, un primer, un último o un "ultimísimo" Lacan. Pongamos en claro que esto no quiere decir de ningún modo que en psicoanálisis nos desentendamos del diagnóstico. La diferencia estriba en que éste, el diagnóstico psicoanalítico, se despliega en el tiempo lógico de la transferencia. Transferencia que trata de la puesta en acto de la estructura de la que el analista pasará -acto psicoanalítico mediante- a formar "arte y parte". Conviene aquí recordar el planteo que Lacan hace en el Seminario de *El acto analítico* en referencia al lugar que el analista ocupa en el cuadro. Entendemos que la referencia que hace allí al pintor Velázquez implica eso que entendemos como cuadro en su sentido psicopatológico o nosográfico. Se trata, como le confiesa Freud a Pfister, de dejar de lado el problema médico del diagnóstico para dirigirse al material viviente de la transferencia. Viviente que no se explica tal como reflexiona Heidegger en sus *Los conceptos fundamentales de la metafísica*, en explicaciones que se abordarían primero física luego químicamente y por fin darían cuenta del entendimiento de lo psíquico. Sabemos y advertimos de la lamentable actualización, que una tal concepción promueve en algunos sectores analíticos que solicitan de las neurociencias una suerte de autorización que legitime al psicoanálisis desde las llamadas ciencias médicas. Una tosca vuelta atrás al paradigma de las ciencias naturales. Repitamos que no existe en Freud ni en Lacan desinterés por el tema del diagnóstico. Se privilegia eso sí la entrada en la transferencia, esto es: la instauración del sujeto supuesto saber considerando lo que

esto pueda implicar de resistencia del lado del analista, quien en rigor de verdad es el que "primeramente" supone un saber al posible analizante.

Diagnóstico entonces de la posición subjetiva, es decir, intersignificante y de las vicisitudes del fantasma. Diagnóstico *avant-coup* que destaca particularmente el rechazo a la transferencia en tanto allí ocurre que el analista no se deja tomar en la trama de la causalidad psíquica. Reniega en nombre de su posición de amo universitario formar parte del inconsciente develando así la más discreta enemistad con lo "insólito singular". Más que de la experiencia del inconsciente, participa de la fatuidad de la omnisciencia en la que se sostiene cierto lacanismo ambiente que obliga a los practicantes de ese "neopsicoanálisis" a anteponer a partir del diagnóstico una pretenciosa planificación del llamado "caso" desde el principio del análisis, confundiendo así inicio con comienzo. Se trata del discurso del laconismo o del lacartonomo como me divierte llamarlo, de una dirección de la cura entendida técnicamente desde el discurso del amo articulado al saber universitario. Aplastamiento o enchapado del saber referencial extraño como dijimos anteriormente, a la ligera o presuntuosamente de los textos. Digamos al pasar y como para no avalar posiciones ingenuas o distraídas, que cuando hablamos de discursos no nos referimos necesariamente a determinadas geografías. Lo dijimos anteriormente y lo repetimos, esto puede ocurrir en las más encumbradas instituciones y en los más pequeños grupos. Respecto de la llamada experiencia analítica, destaquemos que ésta es no sin analista-analizante. No definiéndose por otra parte solo por el paso del tiempo. No nos referimos entonces al amontonamiento de las horas cuando hablamos de experiencia, sino a un constante e interminable dejar que el discurso del inconsciente acaezca, nos alcance y se apodere de nuestra "persona", ya que en tanto analistas ese es uno de nuestros pagos en transferencia. Un dejarse hacer objeto 'a' con el objeto 'a' del analizante en una experiencia que nos tumba y transforma. Experiencia que nos requiere, no sospechosamente lúcidos sino atentamente flotantes en el fluir de la palabra bajo transferencia. Eso que Freud llamó "ocurrencias" y que fundamentalmente ocurre y transcurre en un análisis hospedado por la trans-

ferencia. Experimentar entonces los nudos que anuda y desanuda en el entramado significante el “blabla lenguajero” del inconsciente que nos hace interpretantes de una interpretación que, a diferencia de la actitud profesional cuya característica consiste en no dejarse decir nada por lo que interpretan adoptando un aire de suficiencia, en el discurso analítico cada interpretación pone en juego la castración. Otra de las formas del lacanismo es la del desentendimiento de la solidaridad inextricable que guarda cada uno de los términos en psicoanálisis. Los llamados cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, inconsciente y repetición, o transferencia y pulsión son fundamentales en tanto cada uno otorga razón analítica y fundamento a cada uno de los otros, pudiendo padecer por lo tanto de la tergiversación de los demás. El rechazo a la transferencia por ejemplo, no es sin consecuencias para con el trato que se dé al concepto de pulsión, o al de demanda o al concepto de “deseo del analista”, ya que cada uno de ellos juega en la clínica un juego, cuya desatención haría de las praxis psicoanalítica, una actividad propedéutica regida por un presuntuoso mejor saber del inconsciente o una obtusa revisión historiográfica de la existencia del sujeto en acuerdo a las pretensiones objetivas del analista historiador. Aquí también el “no dejarse hacer”, el pretender querer seguir siendo lo que se supone se es, obstruye en la entrada a una temporalización del tiempo que aunque no desconsidere los traumatismos de la historia no se reduce a ellos. La estructura del significante funciona en tanto precedente que determina toda la historia. Eso que Heidegger en el *Parménides* nos dice que en tanto inicial “...no reposa atrás en un pasado sino que subyace en la anticipación de lo venidero...”. Esa presencia analítica que no es solamente el estar presente sino presencia en acto o como diría H. Corbin es un acto de presencia que nos permite insertarnos en la historicidad de la historia. Nosotros podríamos decir que nos permite insertarnos en la trama de la causalidad psíquica de esa historia. Parafraseando entonces a Henry Corbin podríamos decir que si existe un sentido de la historia sin duda éste no se encuentra en la historicidad de los hechos históricos sino en la historicidad, en las raíces significantes, secretas, reprimidas que hacen a la historia. Aseveramos entonces aunque sea al pasar, que no hay estructura sin historia y mucho menos historia sin estructura. Ese acto de presencia al que hicimos referencia, permite que la red significante libere de su fijeza al significante por-venir que bien podría considerarse “pasado por venir aún”, esto es: del orden de “lo no realizado”. Es en ese sentido que el analista es responsable, no por supuesto de lo que ocurrió en el pasado, sino de lo que ocurre con el pasado-por-venir. Participa del recuerdo, es objeto de la rememoración, forma parte del sueño que está destinado a despertar. El analista es un término insoslayable de ese “proceso de elaboración” de las singularidades de la historia significante del analizante. Eso que antes nombramos como lo “insólito singular”. Esa singularización no es sin el recorrido a través de una serie de particulares para que algo de lo singular no sea omitido. De allí que podamos decir que el analista participa del destino-sentido que el analizante otorga a su existencia. Un tal compromiso puede por supuesto generar resistencias que llegan hasta el rechazo de la transferencia, la cuestión estriba nos parece, en no complacerse en ello. En no hacer de nuestros obstáculos “teorías infantiles” que conviertan a esos obstáculos en aprobados impedimentos. De otro modo, no confundir imposibilidad con impotencia y mucho menos hacer de ella un retorno a la llamada contratransferencia, esto es: a las diferentes y actualizadas formalizaciones teóricas del rechazo a la transferencia. O con otras palabras: solo desde la historia de la transferencia y sus derroteros podemos situar un relato que implique la transferencia de una historia que tiene la oportunidad a veces única de construirse inicialmente en análisis. Como para ir finalizando, otra de las cuestiones a la que nos arrastra el lacanismo es a la de la burocratización del llamado análisis de control o

más pertinentemente supervisión. Confundiendo a ésta muchas veces, con un contralor obligatorio que omite el valor ético que implica para el analista en posición de supervisor, el reconocimiento y la aceptación de los obstáculos que acontecen en ese “dejar hablar al Inconsciente”. Trabajo de supervisión que no está dirigido ni al reconocimiento ni a la aprobación del analista supervisor, cosa que de ocurrir, suele expresarse en el armado de eso que llaman “caso”, el rechazo a la transferencia y la instauración del analista supervisor en posición de amo. Dejo para que consideremos también dentro de los elementos que constituyen ese “círculo vicioso” que llamamos lacanismo su organización de tipo “eclesiástico”. La organización de los “padres del psicoanálisis” junto a sus “por siempre hijos”, organización que se sostiene de demandas comunes, de una comunidad de reconocimiento mutual en la cual las diferencias y los tiempos de adquisición conceptual son convertidos a la “envidia-obediente” o a la “obediencia-esperanzada”. Un sitio de “estudiantes de psicoanálisis” a la búsqueda añorante del gran magister. Un armado en el que no se hace lugar al pasaje de estudiante a estudiante. Una enseñanza que no contempla la transmisión analítica en tanto elaborada desde las propias cuestiones sino desde una exposición *ex cathedra* pedantemente fuera. Se tratará entonces de una posición (la analítica) que solicita permanentemente un trabajo respecto del estar dispuesto a someter el saber y la forma en que este saber se adquiere a la lógica del psicoanálisis, esto es: a su ética. O como lo escribía tan pertinentemente Maurice Blanchot cuando en su libro *La palabra analítica* se pregunta respecto del analista: “... ¿cómo psicoanalizarse de su saber y dentro mismo de ese saber?”. Una asociación entre analistas que valore lo “insólito singular” no requiere de discípulos identificados a los mayores sino de una freudiana forma de pensar un pensamiento que por supuesto no es sin una dietología, sin una metodología que implique la labor de discernimiento de ese singular pensar sin “pensador consciente”. De ese “Otro pensar” que sin embargo se da a oír muchas veces a pesar del analista. En esta nuestra actualidad, creo que el esfuerzo, pasa también por contraponer el psicoanálisis a los prejuicios que signan su lectura. ¿Habrà que recordar que fue a partir de Lacan, que “el proyecto de psicología científica” dejó de ser una pobre “psicología para neurólogos” archivada por los psicoanalistas llamados post-freudianos en los cajones del siglo XIX. ¿No ocurre lo mismo o peor con esto que recientemente se ha dado en llamar el “Ultimísimo Lacan”? Texto donde el autor sin ambages y sin vergüenza nos dice hablando en boca de Lacan que éste y lo cito textualmente: “...no se inspiró en Freud en su ultimísima enseñanza”; es más, se atreve a decirnos que: “...a menudo lo denigra. No siempre pero la mayor parte del tiempo”, o que al autor de este citado texto en todo caso le queda claro: “que Lacan, en su ultimísima enseñanza se hartó del psicoanálisis basado en el Otro. Y que entre otras cosas además de su cercanía con Jung se cansó un poco de estas historias de familia que le cuenta la gente. Está claro que está determinado a escuchar otra cosa que al Otro, que al discurso del Otro”. Consideraciones o desvaríos de un segmento del lacanismo confeccionados de acuerdo al deseo de muerte que en dirección a Lacan pervive en ese autor. Autor que por otra parte sabemos no atina a reconocer el retorno de un “pensar inicial” con el capitalista derecho de autor. ¿No será cuestión de sostener en tanto analistas la pregunta acerca de qué es el psicoanálisis, sin apresurarnos a responder oclusivamente con exacerbaciones neológicas o con oligofórmulas que no dicen nada de Nada? En fin, una propuesta desde la ética del psicoanálisis aún, siempre “Aún” en el retorno al “pensar inicial” que Lacan propone no sin Heidegger en dirección a Freud. ■

Conferencia dictada en el Seminario Central 2015: “El νόστος a lo sagrado. El camino hacia el Otro pensar” de la **Fundación Centro Psicoanalítico Argentino**.